

Rector de la Pontificia Universidad Católica de Chile

Decano de la Facultad de Derecho de la Pontificia Universidad Católica de Chile

Embajador de España en Chile

Asesora del Ministro de Educación

Director Millenium Institute Immunology And Inmuno Therapy

Director Investigación de Investigación u Desarrollo de la Universidad de Chile

Director Ejecutivo de Graphos Comunicaciones Ltda.

Directora de Sernageomin

Representante del Servicio Nacional del Patrimonio Nacional

Ex Secretario General del Instituto de Chile

Estimados Académicos y Académicas del Instituto de Chile.

Personal de apoyo del Instituto de Chile

Damas y Caballeros,

Amigas, amigos

¿Cuál es la misión del Instituto de Chile? Lo he repetido un par de veces en este último año y medio en que he tenido el honor de presidirlo. Se trata sencilla y simplemente de una verdad

de enorme significación y demanda, y es promover y defender el cultivo de las artes, de las letras y de las ciencias. Todas ellas cumplen un papel en la vida humana. Sin embargo, como parte de lo que es el hombre, de lo que es lo humano, ellas carecerían de sentido si no respondieran al dicho aristotélico acerca de la necesidad del hombre de saber, última piedra fundacional de la ciencia; me atrevería a interpretarlo como que se añadiera la necesidad de explorar un más allá en el pensamiento, en el arte, en las letras.

Ello, ¿las hace parte de un sistema funcional a la vida? Por cierto que sí. Sería una ceguera mental -patología más común de lo que se piensa entre los humanos- si las viéramos como una esfera radicalmente apartada del sistema vital desarrollado en la historia humana. Sin embargo, sería asimismo un engaño si no viéramos que su último fundamento va más allá de ser pieza de una maquinaria que haga funcionar la sociedad. Incluso la ciencia -me refiero a las ciencias naturales- requiere de esa disposición humana de la pasión ardorosa y sistemática, según nos ha dicho Max Weber. En el arte, en las letras, en el pensar, esto pasa a ser una misión incondicional. Aplico para toda esta área lo que dice un escritor muy admirado por mí, de qué sólo es tal, un escritor, si es que, quedando varado para siempre en una isla desconocida por el resto de la humanidad, y que jamás va a ser descubierta ni él rescatado, sin embargo, sabiéndolo, escribiría de todas maneras un libro que no va a leer nadie, del que nadie nunca jamás tendrá noticias, pero lo hace porque la palabra escrita cambia al universo, al agregarle una nueva realidad. En la era -aquí al menos hablo en mi propio ámbito- de la indexación, que está erosionando la libertad de espíritu, no se debe jamás olvidar esta estrella polar a la cual se debe dirigir toda nuestra navegación.

La ciencia, el arte, las letras y el pensar no pueden ser meros instrumentos del sistema social, por vital que sea su función, como el mismo sistema para la vida humana. Esta inversión de valores, más que nuestros dolores por temas presupuestarios de nuestra institución, constituye la principal amenaza a nuestro quehacer en el mundo actual.

Si en mis palabras del año pasado, cuando asumí el cargo; o a raíz de la clase inaugural con el Presidente de la República, destacué el débil papel de la ciencia en nuestra educación e ideales dignos de emular, ahora me toca aludir a otros aspectos. Parte de nuestra misión es contribuir a la difusión de un pensar que sea fiel al espíritu de la ciencia.

No puedo dejar de mencionar un problema que acompaña el desarrollo de la ciencia desde su momento inaugural, y que por cierto se agudiza con el advenimiento de la ciencia moderna. Se trata de la discusión en torno a sus peligros, o los que se creen tales. Solo recordemos los debates colectivos o las discusiones a alto nivel en torno al desarrollo de la energía atómica. Lo que aquí interesa, es que esta polémica pertenece al corazón mismo de la modernidad, y quizás de todo desarrollo científico o que pudiera ser calificado como tal en la historia humana. El dilema en estos últimos tres siglos ha adquirido un nuevo cariz y se instala en el corazón mismo de las políticas contemporáneas. Escuchar la voz de la ciencia viene a ser una meta de la vida contemporánea y, más todavía, una necesidad del orden político en el más amplio sentido de la palabra. Aquí comienzan las dificultades, porque salvo en pequeños ámbitos reducidos de la toma de decisiones, en todo lo importante el consejo o

el análisis científico debe conjugarse con valores, y no es raro que después ambos queden bastante magullados. Y esto es independiente de si la decisión fue acertada o no

El segundo problema es que, aunque hubo desde un comienzo de la ciencia moderna voces que señalaban sus límites y peligros, en general predominaba la idea de que la ciencia, la razón y lo razonable, así como un progreso material y moral, diversos aspectos de la vida moderna, continuarían desnudando supersticiones y supercherías milenarias. Sarcasmo o regla de lo humano, intervino algún dios o diosa griegos, y torció la mano a la personalidad científica moderna, o más bien a quienes confiaban en este camino como un futuro inapelable. A la destrucción de los ídolos se le responde con un renacimiento incesante de esas mismas supercherías y supersticiones, expresadas ahora en lenguaje científico. Y no me refiero a las discusiones en torno a decisiones auxiliadas por la ciencia, porque caen en ese terreno de lo ponderable y discutible sobre la de inconmensurabilidad de los valores en juego, al momento de tomar una decisión en la cual el auxilio de la ciencia es indispensable pero no necesariamente la última autoridad.

El mundo de las redes consiste en un terrible recordatorio acerca de la crisis de la relación entre lo racional y lo irracional que ha creado la modernidad. En efecto, se suponía que las redes acrecentarían la libertad, y no el servilismo e imposturas tan comunes en sus tentáculos a los que la gente, el hombre-masa, se refiere constantemente. Como siempre, solo una minoría reacciona con sentido analítico, crítico. El mismo mantra de “pensamiento crítico”, tantas veces no es más que un santo y seña de un lenguaje anónimo, pletórico de ficciones no creativas, es decir, acríticas.

Estas reflexiones me llevan a un segundo tema que desearía dejar planteado y que, si la fortuna me favorece, espero profundizar más adelante. Se trata de la relación entre las humanidades (para el caso incluye al arte) y las ciencias, tanto teóricas como prácticas. Nuestro país está en una disyuntiva. Se rebela frente a un plano economicismo, y también, como parte de un estilo plantearse en lo público de parte de la contracultura. La reacción consiste fundamentalmente en palos de ciego.

Un tema de la mayor relevancia, que no ha recibido la atención que merece, pero que desde nuestra academia y de otros círculos hemos intentado levantar la voz, es la supresión de la enseñanza de la historia como ramo obligatorio en los dos últimos años de la enseñanza media. Es una de las caras del mismo fenómeno por el cual las humanidades constituyen una herramienta de lucha, antes que una forma de conocimiento y de vida. Ello se vio abundantemente en el arrasamiento de monumentos y edificaciones representativos de la historia de Chile, de todos los 500 años de su trayectoria. Entre otros aspectos, esto en las apariencias se contradicen con la abundante existencia de estudiantes y egresados, una cantidad de ellos ejerciendo el oficio que estudiaron. Hasta donde se puede saber, de sus cultores existía una fuerte mayoría que en diversos grados simpatizaba con el alzamiento y a la vez había rechazado -sin mucho interés a decir verdad- la supresión de la historia y otras disciplinas más o menos afines en la enseñanza media; la habían criticado como parte de un supuesto “neoliberalismo” a pesar de la transversalidad de la comisión que decidió esa medida, que llevó a una suicida lucha intestina entre los representantes de diversas disciplinas afines.

Preguntándome qué existe detrás este fenómeno, me parece identificar un aspecto importante de su fuente en que en Chile la educación superior acepta, forma y otorga certificado anualmente a una cantidad importante de lo que podríamos llamar “humanistas de ocasión”, si bien expresan en general un saber limitado, mediocre para decirlo en una palabra.

Desde hace 57 años que mi vida ha circulado solo por los pasillos universitarios. Cuando uno transita por los diversos espacios o “territorios”, como se viene a llamar hoy en día en una no confesada nostalgia por un primitivismo idílico que jamás existió; cuando se escucha a los estudiantes de historia en sus momentos a veces muy extensos de esparcimiento, escasamente están conversando con pasión encendida acerca de un problema histórico, sobre el estudio o sobre los dilemas de hechos del pasado. Cuando me muevo por los pasillos de la zona de letras no escucho recitar poemas o discutir acerca de caracteres de una novela o del sentido de la escritura de tal o cual autor. Al alcanzar los de filosofía, es muy raro que se escuche una conversación fundada acerca de la existencia de los entes o del ser. Lo que domina -por cierto, no de manera unánime, porque también existen minorías creativas-, y cada día más, es el lenguaje procaz por el cual me parece que desgraciadamente nos distinguimos en América latina. Aprovecho de señalar que, sospecho, no puedo decir más, que la producción de un “proletariado intelectual” -el término no es exacto, pues este se usa para personas formadas con altas exigencias que no tienen oportunidad de trabajo- es un fenómeno latinoamericano. En todo caso, es un ingente problema con el cual tenemos que vérnosla en nuestro país.

Jamás habrá posibilidad de trabajo relativamente estable para todos los que estudian humanidades o ciencias sociales en nuestro sistema universitario. Ni siquiera lo existe en los países desarrollados, pero allí las cosas se organizan de otra manera. En general, en la mentalidad de los jóvenes existe en esos países la conciencia de que la adaptación a las posibilidades de empleo es una especie de misión de vida, y que solo unos pocos podrán acceder a una ocupación de por vida en el oficio. Esta última no es algo que sea criticable, como se dice en algunos sectores que ven el problema y condenen esto, equivocadamente, como actitud rentista; solo que no se producirá. Lo debo decir porque personalmente he gozado de la fortuna de poder desempeñarme en mi vida entera por aquello que me jugué en 1966, y que ya desde antes era una idea fija. Como le digo a mis estudiantes, por cierto con una cuota de exageración, con su buen granito de sal, soy el último en poder hacer uso de este privilegio, y después de mí que ya no existirá esa posibilidad.

Al dar a conocer esta apreciación mía, no lo acometo en absoluto con la idea de aminorar la dedicación ni en la enseñanza media, ni en la educación superior al estudio y la docencia -o la práctica según el caso- de las artes, las letras y el pensamiento. Esto constituyó el error garrafal de esa decisión incomprensible de eliminar la obligatoriedad de la enseñanza de la historia y de otros ramos. De lo que se trata es de crear una relación sana y fecunda entre dos formas de la educación humanidades y ciencias, por decirlo en una expresión corriente-, y que en su conjunto, en una relación que inevitablemente tiene y tendrá para siempre algunos rasgos antitéticos, con todo pueda favorecer la formación en ambos tipos de conocimiento en la ciencia, en su sentido más general, que no se reduce a la ciencia moderna.

Para hablar de la formación universitaria, que es la que he vivido a lo largo de más de medio siglo, me parece que en su área de humanidades e incluso en algunos aspectos de las ciencias sociales, en todo lo que se refiere a docencia deberían dedicarse a formar un núcleo de posibles futuros cultivadores de esos oficios, y no a cohortes que habitan en inmensas salas de clase, en las que está ausente el espíritu de las artes, las letras y el pensamiento. Debe considerarse aquí también en algunas de estas especialidades la formación de los futuros pedagogos, con un tipo de estudios rigurosos y de alta motivación que no se esfumen en la vida profesional posterior, tantas veces enmarañada en reflexiones superficiales e interminables sobre reformas de la metodología.

¿Significa esto una reducción del espacio de esta área, de este tipo de ciencia y arte que en su mayoría antecede aquello que designa el moderno concepto de ciencia? De ninguna manera. Porque tiene que ser un complemento fundamental del área de las ciencias naturales. Y deben ser en cuanto docencia, artes y humanidades una empresa exigente, lejos de todo afán *puramente* recreativo y ameno; que acompañe con las mismas exigencias a la formación propias a carreras profesionales o de especialidades de las ciencias básicas. No faltan experiencias de este tipo a lo largo del mundo. Los cultivadores de las artes y las letras seguirán con su labor de investigación y creación, y ojalá que ya no se confunda con una tabla de puntaje mecánico, peligro que acecha a las verdaderas fuentes de originalidad y frescura. El crecimiento de este sector en la vida universitaria no afectaría la necesaria dedicación a las profesiones y a las ciencias naturales o exactas; las vivificaría en la



formación con una contraparte, por cierto, en adecuada proporción que no erosione a su vez el rigor necesario en su propia área.

Reconozco que esta propuesta no es algo que agradaría a muchos académicos, ya que nos gusta y nos motiva dirigirnos a quienes nos sucederán en la labor disciplinaria. Sin embargo, y yo mismo lo he podido comprobar en mi experiencia, cuando se tienen buenos alumnos de otras especialidades existe una satisfacción por la divulgación en alto nivel de nuestro saber, que también es una forma de pensar. Es un grado mayor de compromiso con nuestra realidad; esta misma se compone no solo de una materia física y psicológica inerte, sino de una actividad dinámica y con sentido de nuestras facultades cognitivas y de creación.

Movilizar las estructuras universitarias a este tipo de docencia es naturalmente una labor de plazo nada de breve. Debe, sin embargo, encararse de una manera sistemática, paulatina y sin gran pausa. Es mi idea que en esta dirección puede haber una respuesta oculta a esa elusiva meta que ha estado en el centro de la república desde hace más de 100 años de manera explícita, y quizás desde su origen hace más de 200 años, en la orientación algunos paradigmas sociales, aquello que en general llamamos “desarrollo”, elusiva también para toda América Latina para no hablar de otras regiones del mundo. De paso ayudaría también a vivificar las artes, las letras y las humanidades, y no perjudicaría en absoluto a las ciencias básicas, para dar otro nombre a dichas especialidades tan imprescindibles de la modernidad.

Académicos y académicas, hoy en día en la inauguración del año académico 2023, hemos invitado a nuestro ilustre representante de la Academia de Ciencias Sociales Políticas y Morales, don José Luis Cea Egaña, para dictar la clase inaugural, debido a sus impecables credenciales. En lo que esperamos sea la culminación de un proceso constitucional que por diversas razones -algunas impuestas por el destino, y otras por las vicisitudes de la historia humana- se ha postergado por demasiado tiempo. En nuestro instituto nadie está mejor preparado que el profesor Cea para una tarea como esta. Reúne una trayectoria inmejorable del universitario puro, y en diversas misiones de quehacer nacional en las que se la ha invitado a tomar parte, siempre con distinción y sabiduría. Posee una palabra que en privado o en público y de esto soy testigo desde que lo conozco de hace más de 40 años, es aquella de razonamiento, lo que me permito definir como una acuerdo o conjunción positiva, lo mejor que se pueda, entre lo racional y lo irracional, dos potencias de la vida humana. Conocemos su presencia en instancias siempre vigentes como autoridad moral de la vida del país, así como de respeto que concitaba como profesor. Además, en su momento un distinguido presidente de la Academia de Ciencias Sociales, Políticas y Morales, y del propio Instituto de Chile. Lo escucharemos con el mayor interés.

Muchas gracias.

Santiago, 23 de mayo de 2023